

Domingo Corpus Christi

Génesis 14, 18-20; 1 Corintios 11, 23-26; Lucas 9, 11b-17

« *Dadles vosotros de comer* »

2 Junio 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« *Quisiéramos introducirnos en su corazón herido, participar allí de su vida, de sus sentimientos, de lo que Él ama* »

Cuando nos planteamos nuestra vida como cristianos surge el deseo en el corazón de llegar a ser semejantes a Cristo. Quisiéramos tener sus mismos sentimientos, pero pronto comprobamos lo lejos que estamos de ese ideal. Cuando miramos al Señor con humildad, conscientes de nuestra debilidad, se despierta el anhelo de ser mejores. ¿Cuáles son realmente esos sentimientos de Cristo? Cristo amaba la vida como hombre. Amaba a las personas, se apasionaba por las cosas de cada día. Amaba la vida, la naturaleza, su lago, esos montes en cuyo silencio se encontraba con su Padre. Amaba la soledad y la fiesta, las conversaciones cotidianas y los encuentros profundos al borde del camino. Se alegraba con la vida, con las risas, con las cosas sencillas y bellas. Disfrutaba los paisajes bonitos y se conmovía ante la vida que crece en paz y comunión. Sonreía con toda el alma, como los niños, que siempre se dejan sorprender. Y se reía a carcajadas, como a veces nosotros quisiéramos reírnos, sin dejarnos agobiar por las dificultades de la vida. Se apasionaba por lo más humano, por los sueños, por las personas. Se conmovía hasta las entrañas. Sí, como nosotros, igual que nosotros. Quisiéramos tener estos sentimientos de Cristo, sentimientos carnales. Eso sí, Él amaba perfectamente, con armonía, de forma ordenada. Amaba de una manera muy distinta a la nuestra, porque nuestros afectos rara vez están perfectamente ordenados. Estamos heridos y nuestra herida desordena el corazón. Nos apegamos a muchas cosas y no disfrutamos el momento. **Por eso miramos a Cristo tantas veces y le pedimos que nos ordene. Le pedimos a María que ponga orden y paz en el alma.**

El Señor tuvo sentimientos profundos y sufrió como todos lo hacemos. Se conmovió y lloró con Lázaro muerto, lloró también ante la incomprendición de los hombres y se conmovió cada día al ser testigo del dolor del corazón humano. Sufrió en su propia carne la traición, la soledad, el abandono. Sufrió por su propio fracaso humano, por ver truncados tantos sueños que cobraron vida en su alma. Un sufrimiento inmensamente humano, carnal, como nuestro propio sufrimiento. Jesús echó raíces en la vida y echar raíces siempre duele. Supone un gran desgarro cuando hay ruptura, muerte, separación, abandono. Porque enterramos la vida en otros corazones y nos dejamos el corazón a jirones. Cristo sufrió como lo hacemos nosotros, pero mucho más, porque su amor era perfecto. Y el sufrimiento es inherente al amor. Forma parte de él. El amor se acrisolá y madura en el sufrimiento. No hay amor sin sacrificio, sin renuncia. Aunque a veces nos gustaría que amar fuera siempre una cadena infinita de momentos de Tabor, de felicidad continua. Una corriente ininterrumpida de alegría. Pero el amor exige renunciar. Como decía el P. Kentenich: «*El sufrimiento es propio de la vida cristiana, pero debe ser iluminado, estar lleno de sol, debe ser clarificado*»¹. El sacrificio y la renuncia tienen que ser iluminados por el amor de Dios. Todo amor implica la apertura a amar siempre más a Cristo en aquel al que amamos, a renunciar incluso a su mismo amor por amor a Cristo, a amar su bien, su felicidad, antes que la nuestra. Amar de esta forma implica siempre renuncia, sacrificio, negación de uno

¹ J. Kentenich, "Hijos de la Providencia", 11

mismo. «*Siendo Dios, se despojó de su rango, pasando por uno de tantos*». Negación del propio deseo y disponibilidad para dejar que el otro crezca, aunque tengamos que disminuir. Cristo amó así, se despojó de todo. No fue impasible, padeció hasta lo más hondo del alma. Sufrió. Amó. Entregó la vida. Se sacrificó por amor, hasta el extremo. Renunció por el bien del hombre. Sin esperar ser comprendido. Sin pretender satisfacer las expectativas tan humanas de quienes lo seguían y amaban con su vida. No pretendió que la vida fuera a su antojo. Amó y sufrió, sin querer evitar el sufrimiento, porque su alegría siempre fue hacer la voluntad del Padre y todo por el bien de aquellos que le habían sido confiados. Tuvo sentimientos encontrados, amaba la vida y temía perderla, amaba a personas a las que tenía que dejar para ir con el Padre y temía el dolor que iba a causar en sus almas. Pero Él sólo quería hacer lo que Dios quería. Era su único alimento. Como debería pasar con nosotros y no suele ocurrir. Nuestra alegría tendría que ser hacer la voluntad de Dios siempre. Decía Guardini: «*Mientras el cristiano va más profundo, más se despierta en él la preocupación por la voluntad de Dios, más conciencia adquiere de que esa voluntad es lo más valioso, lo más delicado y poderoso de nosotros*». Es cierto que algunos sentimientos nunca le pertenecieron a Cristo, porque en Él no hubo pecado. Él no fue egoísta en su amor, ni envidioso, ni rencoroso. No quiso retener los corazones que le amaban y no pretendió forzar nunca su libertad. Respetó a cada uno en su verdad y acogió a todos con infinita misericordia. Nosotros necesitamos entender que tener los sentimientos de Cristo nos hace acoger con delicadeza lo más valioso que hay en nuestro propio corazón, lo más humano. La alegría y el dolor. La plenitud como anhelo y el fracaso de los propios planes. Sentir como Jesús supone aceptar ante el Señor que los sentimientos que surgen en el corazón también le pertenecen, aunque nos sorprendan. Él los ha sembrado y quiere educarlos, **para que entendamos que descubrir la voluntad de Dios y realizarla es lo único que nos da la verdadera felicidad.**

Y es que tener los sentimientos de Cristo implica dar un salto de fe. Porque normalmente tenemos sentimientos heridos, rotos, reprimidos. Sentimientos que esclavizan a otros y nos esclavizan a nosotros mismos sin darnos cuenta. Los sentimientos de Cristo son los de un hombre que era perfecto hombre y perfecto Dios. Sentimientos de entrega, de amor eterno, de renuncia a los propios deseos. Sentimientos de confianza plena en las manos de Dios conduciendo su barca. Sentimientos grandes, elevados, sublimes. Sentimientos bellos, profundos, llenos de armonía. Como un paisaje en el que el fondo no se vislumbra, porque la profundidad es casi eterna. Hace falta un amor muy grande a Jesús para lograr que Él pueda cambiar nuestros sentimientos. Un chico decía en el funeral de un amigo suyo fallecido con 22 años: «*¿Qué hace que una vida sea grande? Que el amor al que la hemos consagrado sea grande o pequeño*». La vida de Cristo fue grande, por el amor inmenso al que estaba consagrada. Nuestra vida es grande cuando nuestro amor a Cristo, que es lo más grande en esta vida, es fuerte, profundo y serio. Decía el Hermano Rafael: «*Quisiera, Señor, amarte como nadie. Quisiera, Jesús mío, morir abrasado en amor y en ansias de Ti. Todo lo que Tú quieras seré. Mi vida quisiera que fuera un solo acto de amor, un suspiro prolongado de ansias de Ti*». Mirar a Cristo, abandonarnos en sus manos, es el paso para vivir con los sentimientos de Cristo y llevar una vida grande, muy grande. Quisiéramos rezar como rezaba una persona: «*Tu mirada que arde, duele, traspasa mi corazón e inunda mi alma. Gracias, Señor, en ti confía tu sierva*». Cuando amamos así, cuando nuestro corazón se ensancha y no se limita, cuando nos volvemos magnánimos dejando de lado una vida mediocre, merece la pena vivir. Entonces podemos asemejarnos a Cristo, a sus sentimientos, y convertir la voluntad de Dios en nuestro alimento diario. Decía el P. Kentenich: «*Pienso en la sencillez, en el estar abierto al deseo de Dios, en la disponibilidad de dejar todo, a diestra y siniestra, y dar un sí cordial a todo lo que Dios dice a través de las circunstancias. Todo orientado a Él. lo que no esté orientado a Él es secundario. Ésa es la actitud fundamental que todos debemos alcanzar*»². El amor nos asemeja a quien amamos. Sucede cuando amamos a alguien y ese amor nos va cambiando. Al

² J. Kentenich, "Hijos de la Providencia", 11

principio son sus expresiones favoritas las que repetimos torpemente, luego sus gestos, sin afán de imitarlos, simplemente sin darnos cuenta. Luego sus gustos acaban siendo nuestros gustos, y sus sentimientos los nuestros. Nos acaban gustando cosas parecidas y encontramos ecos similares ante la vida. Es cierto, el amor asemeja. Y luego uno, cuando ve a dos enamorados ya mayores, que caminan juntos al encuentro con Dios, ve en ellos una cierta semejanza. Casi parecen hermanos, hijos de los mismos padres. Porque tienen las mismas arrugas y sus olvidos son parecidos. Se ríen con lo mismo y lloran con una tristeza similar. No hablan mucho pero se entienden. Se podría decir de ellos que son casi almas gemelas: «*Porque la miro sin mirarla, porque la escucho sin escucharla, porque la siento sin tenerla cerca, porque somos tan distintos y a la vez tan parecidos. Porque me completa, me inspira, me entiende. Adivina mis pensamientos y sentimientos con una mirada. Me ayuda a ser mejor.*». Un amor que hace que parezcan una sola carne, una sola alma, como si el deseo que un día Dios bendijo se hiciera vida al final de los días. Y si uno falta el otro sentirá que le falta media vida, la mitad del alma. Y su amor incompleto no dejará ya de mirar al cielo, esperando el rencuentro, anhelando estar juntos de nuevo. Un amor así es el que queremos vivir. Un amor que nos lleve a aceptar la vida sin quejas ni sobresaltos. Si esto es lo que puede llegar a suceder en el amor humano, ¡cómo será cuando nos asemejemos a Cristo amándole con toda el alma! Nuestro amor a Él nos asemeja y logra que crezcan en nosotros sus mismos sentimientos. Pero eso sucede si le amamos mucho, si amamos con toda el alma: «*Líbrame, Señor, de mis ataduras que me impiden volar. Inúndame con tu Espíritu para amar como tú amas.*». **Por el contrario, si le amamos poco, poco podremos sentir como Él siente.**

El amor de Cristo en el corazón nos hace aspirar a lo más alto y hace que no nos dejemos paralizar por nuestros miedos. Queremos ser audaces, porque el mundo se cambia con corazones audaces y valientes que no temen perder la vida en el intento. Me impresiona la historia real de Mohammed, un joven musulmán miembro de una importante familia chiíta que se convierte al cristianismo. Se encuentra con Cristo y comienza una historia difícil de persecución. Se enamora de Cristo y no puede dejar de seguir sus pasos aunque ese seguimiento pueda llevarle a la muerte. La llamada de Dios la experimenta en un sueño: «*El sueño me sitúa junto a un río no demasiado grande. En la otra orilla veo a un personaje más bien alto (...) hacia el que me siento irresistiblemente atraído y experimento un fuerte deseo de cruzar al otro lado para reunirme con él. Empiezo a atravesar el río y, durante unos minutos que me parecen una eternidad, me siento como suspendido en el aire. Incluso me da miedo no poder volver a poner los pies en la tierra. El hombre que tengo enfrente me tiende la mano para ayudarme a salvar el caudal de agua y aterrizar a su lado. Ahora puedo contemplar detenidamente su rostro: sus ojos de un azul grisáceo, su barba poco poblada, sus largos cabellos. Posando sobre mí una mirada de infinita dulzura y en un tono de voz que tranquiliza e invita a la vez, el hombre pronuncia una única y enigmática frase: - Para cruzar el río tienes que comer el pan de vida*»³. Este sueño va a ser el comienzo de una historia digna de ser contada. Su vida se hace grande por la grandeza de su amor a Cristo. La fe que surge en su corazón enamorado le permite atravesar todo tipo de peligros. El deseo de comer ese pan de vida, ese pan que no conocía, logra calar en lo hondo de su corazón. Es un amor grande, inmenso, un amor expectante que anhela el encuentro. El otro día, al dar la primera comunión a unos niños, pensaba que nosotros, que ya hemos comulgado muchas veces, tal vez no esperamos con ansia, con anhelo, recibir al Señor cada día, cada domingo. Nos hemos acostumbrado a lo extraordinario. Nos parece evidente que Cristo se haga presente en cada eucaristía, es casi un derecho. Nos hemos habituado a ese pan que es su presencia viva, su compañía a nuestro lado todos los días de nuestra vida. No nos sobrecoge recibir al Señor en nuestras manos, tocarlo, saborearlo en nuestro cuerpo mortal, y acogerlo en el corazón para siempre. Nos hemos acostumbrado a lo imposible y ya no somos agradecidos. **En cada eucaristía vemos como un derecho recibir su cuerpo. Dejamos de ver que es un don inmerecido, una gracia inmensa.**

³ Joseph Fadelle, "El precio a pagar", 33

Hemos perdido la capacidad para agradecer todo lo que vivimos. Ya no agradecemos por nada. En estos días hemos recibido con alegría la noticia de que el Santuario original lo recibiremos como obsequio por los cien años del Movimiento de Schoenstatt que se cumplen en el 2014, de manos de la Comunidad de los Palotinos. Es un auténtico regalo y nosotros ya no sabemos agradecer. Caminamos por la vida llenos de derechos y exigencias. Y nos cuesta ver en todo lo que nos ocurre un regalo de Dios. Vivimos con derecho a vivir, exigiendo que respeten nuestra vida, nuestra posición, nuestro dinero, nuestra salud, nuestros amores y sueños. Tenemos derecho a un cierto trato y a un cierto respeto de los demás. Exigimos el cariño y el amor, como si pudiéramos recibirlo como un derecho. No agradecemos y nos sorprendemos cuando la vida, injustamente ante nuestros ojos, no nos da lo que creemos merecer. El corazón de Jesús siempre fue un corazón agradecido. Se puso detrás de muchos esperando su turno en el Jordán, como uno más, para recibir el bautismo; nunca exigió nada a los demás en su trato hacia él, tampoco cuando hacía milagros esperó el agradecimiento. Jesús se hizo pobre, siervo, esclavo de todos, para servirlos con un corazón humilde, sin exigir el seguimiento, respetando siempre la libertad del hombre. Los esclavos no tienen derechos. Vivir sin derechos es duro. Porque cuando no tenemos derechos podemos sufrir el desprecio, la ofensa, el rechazo. No tenemos derecho a que nos amen, a que Dios nos quiera en nuestra miseria, a que los demás tengan que aceptar nuestros defectos y limitaciones. Pero nosotros lo exigimos con frecuencia y nos amparamos en que somos así y no podemos cambiar. Vivir con derechos nos hace poco agradecidos. Nadie agradece cuando recibe aquello por lo que ha pagado. Por eso nos cuesta tanto agradecer a las personas. Somos exigentes y pedimos siempre más de lo que recibimos con cierto descontento. **Queremos aprender a agradecer, a mirar con humildad, a asombrarnos con todo lo que Dios nos da. Sólo un corazón agradecido se abre a Dios.**

Jesús hoy nos recuerda que su vida fue partirse y entregarse por amor. Cristo no buscó su propio camino, lo que Él quería, como Él lo quería. Simplemente siguió los pasos de su Padre y obedeció. Su vida fue hacer lo que Dios le pedía. Y lo que le pidió en esa última cena fue dejarnos el testimonio más increíble, su vida partida y derramada por amor: «*El Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: - Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: - Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía. Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva*». 1 Corintios 11, 23-26. Impresiona partir el pan cada eucaristía, partir su Cuerpo. Impresiona porque es Cristo el que se parte, porque somos nosotros los que estamos llamados a partirnos. Y nos resistimos. Partió el pan entre sus manos, como expresión de un amor que sólo si se rompe llega a todos los hombres. En cada eucaristía revivimos ese momento. El sacerdote eleva a Cristo completo en la consagración, ese Cristo de la última cena, ese hombre que está dispuesto a hacer siempre la voluntad de Dios. Y luego lo eleva partido, roto, muerto y resucitado. Ese pan partido nos recuerda el sentido de nuestra propia vida. Sin embargo, ¿cómo es posible llegar a amar rompiendo la propia vida? ¿Cómo vamos a amar de verdad si no nos respetamos y amamos en nuestra necesidad? A veces parece que Cristo nos pide cosas contradictorias. Nos pide amar y dar la vida y luego pone la medida del amor en el amor a nosotros mismos. Nos quiere con locura y quiere que amemos con locura, que nos partamos. Pero, si nos partimos, ¿cómo podremos amar realmente bien? Son las paradojas del amor cristiano. Nos da miedo perder la vida que guardamos celosamente. La conservamos entre algodones, temiendo por nuestra salud, cuidando lo que comemos o dejamos de comer, preocupados por un futuro que siempre, aunque nos duela, es incierto. Partirnos como el pan que se parte. ¿Es eso posible? Quisiéramos que nuestro pan alimentara a muchos. Y para eso tenemos que negarnos a nosotros mismos. Sin embargo, no podemos dejar de amarnos. El otro día leía: «*Cuando era joven y apasionado, le dije a un hombre mayor y más sabio que yo que pensaba emplear toda mi vida y mis energías en amar a los*

demás. Él me preguntó si pensaba amarme a mí mismo con igual determinación. Le contesté que amar a los demás no me dejaría tiempo para amarme a mí mismo; y aquello sonaba muy santo. Pero mi amigo me miró fijamente y me dijo: - Estás embarcado en una carrera suicida. Mi fácil respuesta fue: - ¡Qué hermosa manera de morir!, ¿no te parece? Pero, naturalmente, él tenía razón. Ahora sé lo que él ya sabía entonces: que el amor verdadero a los demás tiene como premisa el amor verdadero a uno mismo⁴. Partirnos sin dejar de amarnos. En un equilibrio siempre en desequilibrio. A veces sentiremos que los otros están ocupando la mayor parte de nuestra vida. En otros momentos será al contrario. Cristo nos ayuda a poner la mirada en lo importante. Cristo en la cruz rompió ese equilibrio. Lo imposible en Él se hizo posible. No hubo amor a sí mismo. Se olvidó de sí mismo y se partió para todos. Se despojó de todo. **Sólo cuando nuestra vida descansa en Dios y está anclada en Él, es posible partirnos, caer rotos, darnos sin miedo.**

Jesús nos invita a dar de comer hoy a los que tienen hambre de Dios. Nosotros nos quejamos de este mundo herido y hacemos muy poco por cambiarlo. Porque pensamos que los cambios son imposibles. Hablamos de las injusticias que nos rodean y luego nosotros somos injustos. Estaríamos dispuestos a ser solidarios en misiones lejos de nuestro hogar, donde sí seríamos realmente generosos y partiríamos nuestro pan. Pero luego no somos capaces de dar nada al salir de nuestra casa. Con los más próximos, con los que están en nuestra vida, no tenemos pan que darles. Es verdad que tenemos poco pan y también que el hambre es mucha. La crisis cada vez es más seria y muchas personas necesitan nuestra ayuda. El Señor nos invita a dar el pan aunque sea poco: «*Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban. Los Doce se le acercaron a decirle: - Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado. Él les contestó: - Dadles vosotros de comer. Ellos replicaron: - No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío. Porque eran unos cinco mil hombres. Jesús dijo a sus discípulos: - Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta. Lo hicieron así, y todos se echaron. Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos*». Lucas 9, 11b-17. Muchas veces vemos que otros tienen hambre y esperamos que sean los demás los que les den de comer. Porque sentimos que tenemos muy poco que dar, sólo cinco panes y dos peces. En este día se celebra el día de la Caridad, «Caritas». El Señor nos invita a dar lo poco que tenemos. Él se encargará de hacer el milagro, de multiplicar el pan para que todos tengan. Decía el Papa Francisco: «*Jesús habla en silencio en el Misterio de la Eucaristía y cada vez nos recuerda que seguirlo quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida no una posesión nuestra, sino un don a Él y a los demás*». Nosotros sólo entregamos la vida, sembramos la semilla, damos lo que tenemos. Pero a veces creemos poco en los milagros. El Pan partido, el pan de Cristo, su vida, es alimento para todos y es el mayor milagro que celebramos cada día en la eucaristía. Es una invitación a la solidaridad, a hacernos nosotros ese pan que se da, esa vida que se entrega. Vivimos la misa para entregar el don del pan partido con nuestro amor. Nos partimos. **En esta crisis estamos llamados a ser generosos y solidarios, a dar de lo que no nos sobra, a preocuparnos de los que no tienen.**

Hoy celebramos la fiesta del amor verdadero. Un amor que supera nuestras expectativas y nuestros miedos. En la película «Cartas al Padre Jakob», la protagonista pregunta en su dolor: «*¿Quién puede perdonar a alguien como yo?*» Y el Padre Jakob le responde: «*Lo que es imposible para el hombre es posible para Dios*». Me impresiona el amor de ese sacerdote en el último tramo de su vida. La oración por aquellos que le escribían para contarle su dolor era lo que sostenía su vida. Y su oración sostenía la vida de los que le escribían. Es la comunión de los santos. Nuestro amor sostiene otras vidas. Él vivía para orar por los más necesitados. Su amor oculto era semilla de esperanza y signo visible de la misericordia de Dios. El amor de Dios se entrega en la carne de los hombres para enseñar a los hombres a amar. Él nos

⁴ John Powell. "El secreto para seguir amando", 28

perdona, para que aprendamos a perdonar. En la eucaristía se entrega ese amor que nos cambia en nuestro interior y se queda con nosotros para siempre. Es la felicidad prometida que se hace vida en ese Dios con nosotros. Rezaba una persona: «*De lo que estoy segura es de que la felicidad no se me ha pasado. Tú me quieras y tienes reservado para mí un mundo con el que ni sueño, donde darme y donde recibir a manos llenas. Porque me quieras y haces contigo mi historia. Te doy mi sí, y lo que significa querer sin esperar. Te quiero, Señor, ven a caminar contigo*». Nos gustaría siempre darle nuestro sí a Dios y buscarlo con pasión cuando dudemos, cuando en nuestro camino tengamos las manos heridas y el corazón roto. Quisiéramos rezar: «*Te busco y no te encuentro, te anhelo y te deseo. ¿Estás ahí, Señor? Te escondes en lo pequeño, en lo sencillo, en lo humilde. Eliges el último puesto. Quiero perder mi vida por amarte, quiero entregarte todo lo que soy*». En esos momentos recordamos que Él va a nuestro lado aunque, en ocasiones, no sintamos sus pasos. En esa confusión nos habla, como decía el P. Kentenich: «*Creo que Dios puede hablar más claramente en la confusión de la vida cotidiana que en la adoración, en una homilía*»⁵. Jesús hoy se nos entrega en su cuerpo y en su sangre en medio de nuestra rutina diaria, en nuestra confusión. De la forma más sencilla, en la carne más humilde de un alimento cotidiano. Para que no nos dejemos llevar por lo maravilloso del gesto. Porque este gesto habla de su amor hasta el extremo, de ese amor que permanecerá para siempre en nuestras vidas. Es su promesa. Jesús resucitado sigue en el cielo con su herida abierta en el costado y en las manos, donde los clavos y la lanza lo traspasaron, porque no se olvida de nosotros, sigue con nosotros todos los días, en un pan partido, en un vino que es su Sangre. Es su señal. La señal de su amor en la tierra y de su fidelidad a ese amor desde el cielo y en medio de nosotros en la tierra. ¡Cuántos gestos de personas que amamos son más representativos de esa persona que sus palabras! **Jesús muestra sus heridas en el pan que se parte. Es increíble cuánto nos ama.**

El pan partido nos invita a mirar al cielo, a no quedarnos atados a la tierra. En la eucaristía vemos siempre el pan partido, Cristo roto por amor. Nos emociona ver a Jesús abierto, ver su grieta ante nosotros. Quisiéramos introducirnos en su corazón herido, participar allí de su vida, de sus sentimientos, de lo que Él ama. Allí nos sentimos queridos, aceptados en nuestra verdad. Cuando nos hemos adentrado en la hondura de este misterio estamos preparados para recibir su Cuerpo y su Sangre en nuestro corazón herido y pobre. Él participa entonces de lo que hay en nosotros, en nuestra vida. Nos inscribimos en su corazón y luego Él en el nuestro. Entonces Él puede hacerse dueño de nuestra carne y puede lograr que deseemos hacer su voluntad, seguir sus pasos. Decía el P. Kentenich hablando de sus años en el campo de concentración de Dachau: «*Todo era sobrellevado por el pensamiento del hombre del más allá, clarividente, con perspectiva, que ve en lo profundo. En mí sólo estaba viva la decisión: en cada momento debes hacer lo que Dios quiere. Lo que los hombres quieran es indiferente. En mí, alumbraba siempre esta única luz. Si no es voluntad de Dios que yo haga algo, entonces no lo hago*»⁶. Así quisiéramos vivir, como María, repitiendo nuestro Fiat en el corazón. María engendra a Cristo en nuestro interior. El amor de Cristo se hace cercano, asequible, pequeño en la eucaristía, para que podamos recibirla y así dejar que actúe en nuestro interior. Con frecuencia nos gustan los milagros espectaculares. Nos interesan esas curaciones sorprendentes. Nos gusta creer en un Dios de grandes signos que aumenten nuestra fe. Pero eso no es lo importante. Cristo pasó haciendo el bien, hizo milagros, pero esos milagros fueron poca cosa. Los ciegos vieron sólo unos años más, hasta el día de su muerte. Lo mismo los cojos curados, o aquellos que, como Lázaro, recibieron la vida perdida sólo por un tiempo más. Esos milagros fueron para la muerte. Acabaron con la muerte. Sin embargo, los verdaderos milagros, los más importantes, fueron los milagros para la vida eterna. Se trata de los milagros de conversión de muchos corazones. Muchas vidas han sido trasformadas para la vida eterna. Milagros que no vemos. Curaciones ocultas. **El corazón nuevo comienza a vivir para Cristo y se hace entonces capaz del cielo.**

⁵ J. Kentenich, 1950

⁶ J. Kentenich, "Hijos de la Providencia", 12